

ARMA AÉREA

VISION DE CONJUNTO DE UNA FUTURA Y TRISTE REALIDAD

Por el Teniente Coronel EDUARDO PRADO CASTRO

El presente panorama mundial.

El mundo está viviendo uno de los períodos más cruciales de la Historia de la Humanidad. Se ventila en estos momentos el porvenir de nuestra civilización, tan adelantada en progresos materiales de todo orden. Acabada hace pocos meses la más destructiva y cruel guerra de todos los tiempos, hombres de buena voluntad andan afanosos tratando de buscar paliativos que acaben con tanta miseria y destrucción, percatados de que la prolongada persistencia de los infinitos dolores que engendró la guerra no acarrearían más que imposibles soluciones a los problemas planteados.

Pero por encima de esos hombres de buena voluntad—por otro lado escasos en número—, los problemas materiales y morales se acumulan de tal modo, que más se parecen a náufragos tripulando débiles barcas en medio de furiosa tempestad. Les sostiene la esperanza del triunfo de una arraigada convicción en pro de la paz, aunque desconfían al mismo tiempo del éxito, porque saben que la rueda de la vida, en su desatinado andar, no sigue las directrices inmutables de una sana moral, sino más bien los instintos brutales de los hombres, siempre en pos de los intereses materiales más groseros.

Esa secreta desconfianza, que no puede pregonarse en alta voz, porque generaría el pánico en sus países respectivos, tiene que ser administra-

da con suma cautela, con celosa previsión; así, unas veces se exterioriza en forma parlamentaria, no siendo lo más interesante lo que se dice, sino lo que se oculta; mientras en otras toma la forma de medidas militares, que, secretas o públicas, son las más contundentes y resolutivas.

La diplomacia, entre tanto, va de un lado a otro afanosa y sutilmente, tratando de ceder en un sitio para apretar en el siguiente, con el exclusivo objeto de buscar para el respectivo país la más desahogada y cómoda posición en el caso de que, de modo súbito, surgiese lo irremediable: la guerra.

La verdadera situación es la siguiente: 1.^a Los países vencidos nada cuentan, pues nada poseen; en algunos de ellos no existe ni la voluntad de la supervivencia. 2.^a Los países neutrales en la pasada contienda, a pesar de la tradición histórica o cultural, o de su pasado glorioso, ni son consultados ni se les admite a deliberar. 3.^a Los países vencedores, o los que, sin haber luchado, han contribuido con su asistencia o apoyo al logro de la victoria, están decididos a imponer sus puntos de vista, aunque entre ellos se manifiesten divergencias profundas. 4.^a Cada día que pasa se acentúa de modo más acusado el poder sin límites de tres poderosas Potencias: una americana, otra europea y otra euroasiática.

Antes del final de la guerra, estando la lucha en sus fases más culminantes, hubo que resolver

por los estadistas de las tres grandes naciones problemas importantes de orden político o estratégico, que amenazaban la solidaridad común, y con ella, el logro de la victoria. Conseguida ésta, estas divergencias de opiniones, de métodos, de intereses, de medios militares o de situaciones estratégicas, no hicieron más que empeorar. Había aparecido como cosa nueva, como ensayo de orden militar y definitivo, el empleo de la bomba atómica. Según los hombres más representativos de la ciencia, de la política y de la milicia, con la bomba atómica como arma de guerra, la Humanidad entraba en nueva era, en la cual el empleo de tan destructor medio de ataque, en la escala correspondiente, traería como consecuencia el hundimiento de la actual civilización.

¿Será esto así? ¿Conseguirán los hombres ante este panorama siniestro abolir las guerras, resolver sus problemas por medios pacíficos? ¿Se encontrará el procedimiento de disminuir sus desastrosos efectos?

Algunas palabras sobre la era atómica.

En las guerras modernas constantemente se producen inventos que parecen ser resolutivos. Unas veces toman la forma de una completa sorpresa técnica, obteniendo un armamento desconocido hasta entonces: el fusil de repetición, la ametralladora, el avión, el tanque, el gas de combate. Otras veces consiste en el cambio de procedimientos tácticos. Así, el empleo de la aviación en picado, el aerotransporte de fuerzas de combate, la fuerte motorización de las unidades. Cualquiera de estas innovaciones producen en el acto sus efectos, revolucionando o alterando la estrategia y la táctica; sus efectos, incluso, pueden ser decisivos en el resultado de una batalla o en la resolución de una campaña. Pero duran, naturalmente, el justo tiempo que se tarda en producir, ensayar y emplear el antídoto correspondiente.

No es del caso hacer un estudio—lo está de seguro en la mente de los lectores—de la influencia que el nuevo material o armamento empleado en los comienzos de la pasada guerra tuvo sobre el desarrollo de la misma. Millares de artículos en todos los idiomas han tratado de ello. También, en lo sucesivo, serán millares, por no decir millones, los artículos que aparezcan sobre la bomba atómica, sus efectos destructores, sus sistemas de empleo, sus medios de fabricación. Para tratar de esto, especulando cada uno a su gusto, habrá que referirse necesariamente a lo que todos sabemos con respecto a las destrucciones de Hiroshima y Nagasaki, aceptando, por supues-

to, como verdaderas las informaciones gráficas y verbales de las tripulaciones que las llevaron a efecto; también aceptaremos sin reserva alguna lo que nos digan los hombres de ciencia que lograron la obtención de ese explosivo terrible.

Pero la verdad de la capitulación japonesa fué su carencia de material aéreo y naval para oponerse a la arrolladora ofensiva norteamericana. Cuando apareció la bomba atómica y se ensayó con éxito fulminante, el Japón estaba ya vencido. El empleo de la bomba nueva no hizo más que dar el golpe definitivo a un Imperio agonizante, ya sin moral ni recursos materiales para continuar una lucha absurda contra la formidable potencialidad yanqui. ¿Negamos con esto categoría de invento extraordinario, o disminuimos el alcance en efectos destructores a la bomba atómica? Nada de eso. Creemos aproximada la opinión de muchos hombres, que afirman la instauración de nueva era, a la que llaman "Era Atómica"; nosotros, sin embargo, opinamos que esta nueva era no ha comenzado todavía.

Principiará cuando su fabricación sea divulgada a todos los países, cuando su utilización para fines guerreros o pacíficos haya revolucionado la técnica, la estrategia y las costumbres. Es decir, habrá que esperar a que en los campos del espíritu se produzca una completa transformación. Hasta ahora, sin embargo, no aparecen por parte alguna indicios claros, terminantes, de que esta transformación se esté produciendo. Los hombres siguen aferrados a sus ideas antiguas de dominio, a sus clásicas concepciones del exterminio. ¿Será quizá que no creen en la alta peligrosidad de este potente explosivo?

La tercera guerra mundial.

Veinticinco años de diferencia han separado solamente los comienzos de dos guerras mundiales. Una misma generación ha hecho dos guerras formidables, creyendo, al finalizar la primera, que una segunda contienda sería imposible, porque significaría la destrucción de la civilización. Craso error, producido por el desconocimiento de la humana naturaleza; de igual manera se asegura ahora la imposibilidad de una nueva conflagración, si no se quiere aniquilar los cimientos que sirven de sustentación al mundo.

Los generales o mariscales que intervinieron en la segunda guerra mundial, en ambos campos beligerantes, eran oficiales cuando hicieron la primera. Los estadistas o conductores de los pueblos que combatieron en la guerra recién terminada fueron también conductores o actores acti-

vos de la anterior. ¿No conocieron todos, en el propio sufrimiento de sus almas o en las desgarraduras de sus cuerpos, los dolores de la guerra? ¿No vieron por sus propios ojos el dolor de ciudades destruidas, tesoros despilfarrados, millones de hombres muertos, heridos o inutilizados? A pesar de ello, conocedores de todo, la guerra se desencadenó. ¿Por qué? Pues porque por encima de cuantas consideraciones se hagan de orden moral, ético o afectivo, predominan en los hombres el egoísmo, la soberbia, la lucha de intereses, la posesión de los bienes materiales. La vida es así, porque la vida es lucha. Y ahora mismo, en esta postguerra atormentada; hartos los pueblos vencidos de sufrimientos, de miserias, de dolores; satisfechos del triunfo los vencedores—aunque no alegres—, por doquier no se vislumbran más que recelos, apetencias, preparación bélica, toma de posiciones favorables. ¿Es esto la tercera guerra mundial? Todavía no. Pero estamos, sin darnos de ello exacta cuenta, preparándola.

El tiempo que tarde en producirse, los beligerantes que en ella intervengan, los teatros principales de operaciones, los armamentos que se usen y los principios o modo de llevarla a efecto, no pueden aún ser prejuzgados por nadie. No obstante, fundándose en la experiencia de la última, la guerra futura será eminentemente técnica y su desarrollo principal será en el aire; no en el mar ni en la tierra, como hasta ahora. Abarcará al globo entero. Las velocidades futuras del material aeronáutico, su techo de utilización elevadísimo, el explosivo que transporten, en potencia destructora no imaginable, será lo que la caracterizará principalmente. La propulsión por reacción, ya utilizada con éxito en aeronáutica; el empleo de las bombas volantes, en sus comienzos todavía; la utilización de la energía atómica, harán que se pueda disparar, sin que nada ni nadie lo impida, sobre las costas americanas desde las occidentales de Europa y Africa, y recíprocamente.

Que esto último puede suceder, no lo dice solamente el autor de este artículo, ya que antes que él lo afirmaron eminentes hombres políticos norteamericanos y generales de gran prestigio de la misma nación. En los Estados Unidos existe verdadera preocupación por poner a cubierto de los ataques que "vengan por el aire" las instalaciones industriales de su zona atlántica, por considerarlas verdaderamente vulnerables. La destrucción de las mismas supondría para aquel Estado una terrible pérdida. Recordemos que las más importantes fábricas del país, las ciudades

más populosas y la vida económica más intensa, radican en una larga, pero no muy ancha franja del litoral bañado por el Atlántico.

Si la nación más poderosa de la tierra siente preocupaciones de esta índole, es justo reconocer que las más débiles tengan angustias de muerte. El porvenir se presenta de un modo tan sombrío para ellas, que sólo la habilidad de sus gobernantes, proporcionándoles las alianzas convenientes, o la valoración de su posición geográfica, y, por tanto, estratégica, pueden hacer cambiar tan oscuro panorama.

Es posible que de llegar una nueva guerra no haya en ella ni vencedores ni vencidos. Todos quedarán muy malparados; pero, no obstante esto, siempre un bando quedará en mejores condiciones que otro; este bando será aquel que reúna mayores méritos científicos o guerreros, o el que esté colocado en una mejor o más excéntrica situación, dentro del conjunto de la guerra. Pero como ésta tendrá su principal teatro operativo en el aire, hay ya discusiones sobre cuál de los procedimientos aéreos de destrucción—el bombardeo o los proyectiles-cohete—sería más conveniente emplear.

En la Cámara de los Lores se promovió, no ha mucho, una polémica entre dos expertos en cuestiones aéreas, sobre la superioridad de cada uno de aquellos métodos de combate. Se comparaban no sólo los efectos de orden moral y destructivos entre la aviación de bombardeo y las "V-2", sino que también se hizo hincapié sobre la *economía de esfuerzo* en hombres y material.

Uno de los oradores trató, por ejemplo, de demostrar a sus contradictores la superioridad del bombardeo sobre las "armas arrojadas", basándose, sencillamente, en el número de hombres-horas necesarios para construir un bombardeo y comparándolo con el de hombres-hora precisos para fabricar armas arrojadas, con un peso igual al de las bombas que aquél pueda lanzar durante "su vida".

Nosotros no vamos a entrar de lleno en dicha polémica ni pesar el pro y el contra de ambos sistemas de bombardeo. El bombardeo con avión está lo suficientemente acreditado para no necesitar de apologistas, y siempre será tan temido como lo ha sido hasta ahora, por lo menos. En el futuro, no cabe duda que a las armas a distancia les espera un gran papel, pues sus alcances aumentarán conforme vayan perfeccionándose.

El cohete múltiple—sistema según el cual un proyectil-cohete es utilizado para poner en mar-

cha a otro más pequeño, que se lanza cuando el primero ha recorrido la mayor parte de su trayectoria—constituirá, tal vez, la base de los intentos para aumentar el alcance. Si existiese la posibilidad de utilizar la energía atómica en estos proyectiles, no sólo se conseguiría aumentar el poder de su carga explosiva, sino que, también, se lograría aumentar enormemente su autonomía.

Pero ¿podemos predecir en estos momentos las posibilidades del avión en lo que a carga explosiva, radios de acción y velocidades se refiere, utilizando de igual modo esa fuente de energía?

Hasta ahora, aparte del aspecto económico, que defienden con ahinco los partidarios de los proyectiles-cohete, estas armas presentan dos ventajas sobre el avión de bombardeo. La primera no es otra que su completa independencia de las condiciones atmosféricas. La segunda es el terrible efecto moral que produce, tal vez superior a la de los bombardeos aéreos, toda vez que, debido a su velocidad supersónica, no se advierte la presencia del proyectil-cohete hasta el momento de la explosión.

Insisten aún los partidarios de este sistema en que todo es función del número de proyectiles lanzados y que, hasta ahora, no puede enjuiciarse sobre sus efectos, por la misma razón que no dieron experiencia suficiente en la pasada guerra los bombardeos sobre Londres y zona sur de Inglaterra. También dicen que la defensa contra esta clase de proyectiles presenta grandes dificultades, por no haberse conseguido todavía, a pesar de los progresos en la técnica militar, detener en su trayectoria a un proyectil lanzado por una pieza de artillería.

Lo que nada aseguran, en cambio, es sobre la precisión de esa nueva arma en objetivos reducidos o blancos individuales de pequeñas dimensiones, que dejan a los bombarderos de gran precisión.

Por último, el Mariscal de la R. A. F., Bennet, ha dicho, apoyando el empleo ventajoso de las "V-2", que éstas se encontraban aún en plena infancia, y que si se desencadenase una nueva guerra, los ataques que se podrían lanzar sobre Londres y toda la Gran Bretaña harían que los pasados "raids" de aquellas armas quedaran nada más como recuerdo de mucho ruido.

Todas estas opiniones son aceptables e incluso defendibles. Pero no hacen más que reforzar nuestra tesis conocida. Es decir, que la tercera guerra mundial, si se produce, será una guerra eminentemente técnica y aérea. Proyectiles-

cohetes, aviones de reacción o propulsados por otros procedimientos, aplicaciones de la energía atómica en vehículos supersónicos, adelantos sobre localización a distancia de objetivos, perfeccionamientos de los instrumentos radar, la teleconducción de máquinas con explosivos, etc., etc., no son más que artefactos aéreos o que tienen al aire como camino conductor. Sigue, pues, en pie la afirmación ya dicha: la guerra del futuro se ganará en el aire por quien posea el dominio del cielo, dominio que requiere el mayor potencial aéreo y la más adelantada técnica.

Alteraciones en los conceptos estratégicos.

El valor de un país o de un lugar determinado, en orden a la estrategia, está determinado por factores como éstos:

- 1.º Importancia industrial, económica y demográfica; esto es, su riqueza.
- 2.º Situación con respecto al tráfico mundial, terrestre, marítimo y aéreo.
- 3.º Importancia de sus Ejércitos de Tierra Mar y Aire; su preparación y espíritu bélico.
- 4.º Extensión territorial, climatología, virtudes de raza.
- 5.º Política internacional.

La actuación del Arma aérea en la segunda guerra mundial ha variado notablemente los conceptos que anteriormente se tenían sobre la guerra. A grandes rasgos y de modo esquemático son los siguientes:

- 1.º La guerra moderna, con el empleo de la Aviación como arma de combate principal, ha ensanchado los teatros de operaciones de tal modo que se rebasa ya el límite de una nación y se extiende a los Continentes. La guerra entre Continentes será la guerra del porvenir.
- 2.º La guerra aérea será la forma principal de combatir en el futuro. Los Ejércitos de Mar y Tierra subsistirán *todavía por cierto tiempo*, con su organización y forma de combatir actual; pero no está lejano el día en que su transformación se verificará. Serán entonces colaboradores importantes del Ejército del Aire, pero sin ningún género de predominio, como hasta ahora.
- 3.º Quien posea el dominio aéreo indiscutible o anule el del contrario será el que obtenga la victoria. Este dominio del espacio exige previamente una técnica aeronáutica avanzada; una posición geográfica conveniente y posiciones insulares o países amigos que faciliten el despliegue de las fuerzas aéreas; por último, el mayor progreso en la técnica industrial en todas sus

ramas, de acuerdo con las características raciales y las riquezas en materias básicas para la guerra.

Es decir, que si hasta el presente han ganado las guerras aquella nación o grupo de naciones que consiguieron el pleno dominio y disfrute, por tanto, de sus comunicaciones marítimas y terrestres, en lo sucesivo obtendrán la victoria las que consigan el dominio del tráfico aéreo propio, impidiendo el del bando contrario. En definitiva, la guerra será sólo un problema de comunicaciones aéreas; conseguir mantener intactas las rutas aéreas propias de abastecimiento, perturbando o impidiendo las del enemigo. La Historia militar o naval no es más que una prolongada lección sobre comunicaciones, que todavía no ha perdido actualidad.

Las guerras médicas o las púnicas, en la Edad Antigua; la lucha contra el Islamismo, en las Media y Moderna; la guerra rusojaponesa, la primera y segunda guerras mundiales, en la Contemporánea, no han sido más que luchas cuyos principales objetivos fueron el asegurar las comunicaciones vitales, destruyendo las del contrario.

La posesión indiscutible de las rutas marítimas entre América y sus aliados europeos o asiáticos, la unión de Inglaterra con sus posesiones ultramarinas, fueron los pilares básicos en que se cimentó la victoria actual de las Naciones Unidas. Pero esta unión intercontinental de las comunicaciones no se logró sólo por la fortaleza naval de los anglosajones, muy superior en número y calidad a la de sus adversarios, reconociendo que el empleo de sus flotas de combate fué acertado y de gran valor durante toda la guerra.

Sus Marinas de Guerra serían impotentes para proteger el tráfico marítimo si no se hubiese conseguido de manera efectiva el dominio aéreo sobre los océanos, pues por medio de la aviación de defensa costera y de la antisubmarina llegó a ser anulada la actuación de los sumergibles, que tan peligrosa llegó a ser para Inglaterra en los primeros años de la guerra; por medio de la aviación embarcada o la despegada de bases terrestres, el Atlántico Norte, el Mediterráneo y el inmenso Pacífico no cesaron nunca de ser surcados por inmensos convoyes, a pesar de las pérdidas elevadas sufridas por causa de la aviación enemiga en diversas fases de la lucha. Las flotas por sí solas no hubiesen podido resolver estos problemas, reducidas sus posibilidades de actuación a mantener sólo el dominio en la superficie y obligadas, además, en la mayor parte de la contienda,

a tener que abandonar sus bases de aprovisionamiento, alejándose ante la presión aérea enemiga a sus bases más lejanas en los diversos teatros de operaciones.

Ideas y opiniones ya realidades.

El poder naval ha sido relegado a un lugar secundario, sin que el cetro de Neptuno pueda volver en lo sucesivo a ser lo que hasta hace poco ha sido. Quizá el antiguo marino y aviador Severski vaya demasiado lejos en sus afirmaciones, tan rotundas como convincentes para un aviador puro, al decir en su libro "Intervención del poder aéreo en la victoria" que el poder aéreo por sí solo bastaría para ganar la guerra recién terminada, negando carácter resolutivo a la acción del Ejército de Tierra y Mar, solos o combinados. En algunos períodos de la guerra, en ciertas campañas en que la actuación del Arma aérea fué decisiva, apoya él su argumentación; tales, por ejemplo, las conquistas de Creta y Noruega, el ataque a Pearl Harbour o la caída de Singapur.

Pero es que Severski opinaba pensando más en el porvenir que al enfrentarse con el presente; así, el decir "que la primera y decisiva zona de batalla en un conflicto moderno no sería ni en la Tierra ni en el Mar, sino en el Cielo", es ya cosa axiomática para todas las conciencias en la hora presente; pero sonó a herejía cuando fué formulada.

Dohuet, antes que él, sostenía esa teoría, pero era sólo la visión genial de un iluminado; la teoría poder ser verdad, pero estaba a falta de ser contrastada. Con Severski la teoría fué ya una realidad. Pero ambos no acertaron, en cambio, plenamente cuando aseguraban que los otros Ejércitos—Mar y Tierra—eran innecesarios o que, de utilizarse, serían meros colaboradores o auxiliares simplemente del Ejército del Aire. Esto, en cambio, tendrá que suceder en la próxima guerra, si algún día se produce; y tanto más cuanto más tarde en verificarse.

El radio de acción del Arma aérea está aumentando tan rápidamente que permitirá en un futuro inmediato—puede asegurarse que casi está logrado—convertir en una inmensa batalla el gran número de pequeñas batallas que se han librado hasta ahora para conseguir el dominio del aire en el mundo entero. El Atlántico en su totalidad y aun el inmenso Pacífico son ya un obstáculo pequeño para impedir la acción constante sobre sus olas de la aviación de gran autonomía. Desde las costas de estos océanos podrán partir en todas direcciones las masas de aparatos

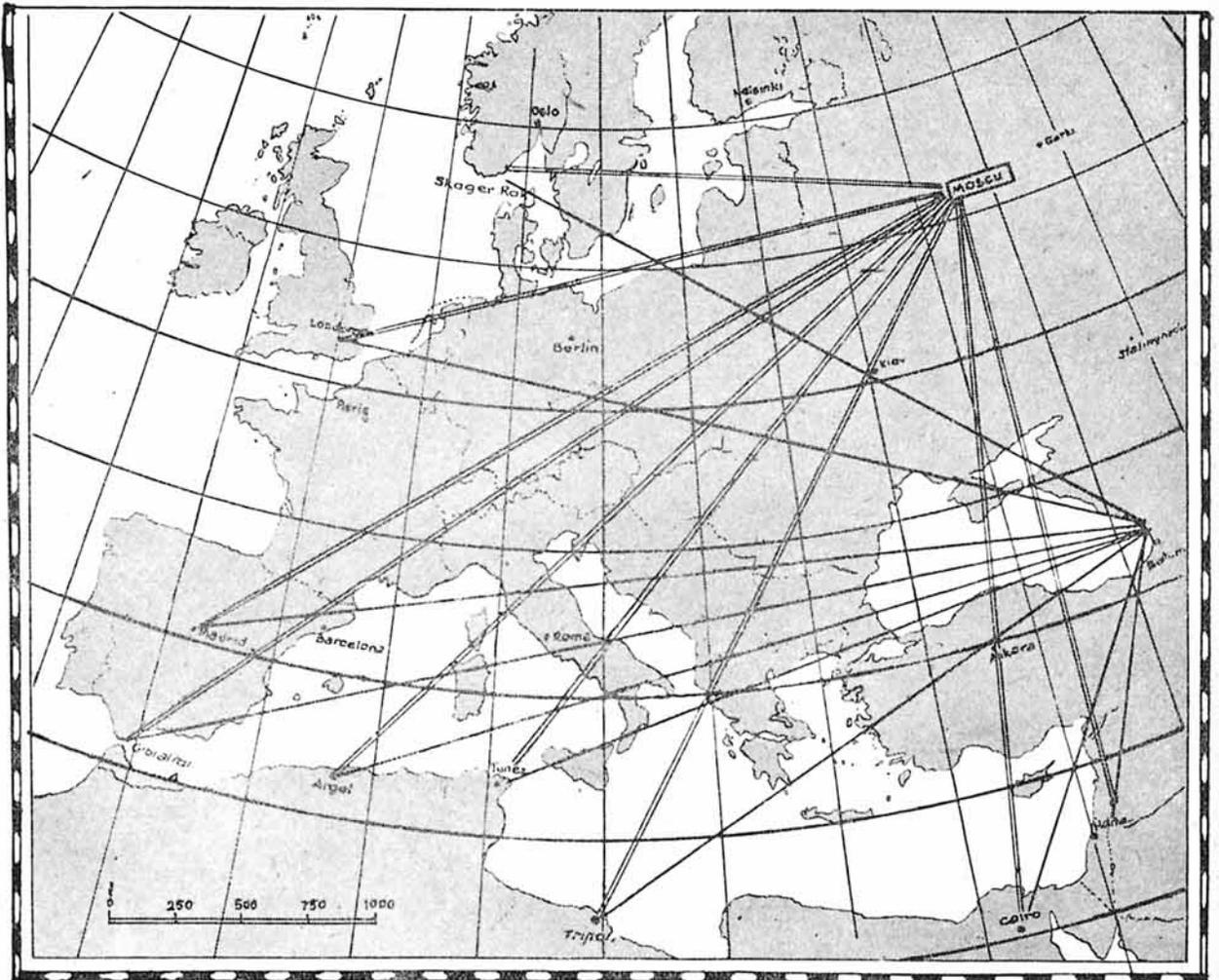
atacantes, bombardeando con eficacia y resolución los objetivos de la orilla opuesta y regresando al punto de partida, sin necesidad de bases intermedias de aprovisionamiento. La aviación destacada en los archipiélagos o pequeños países del recorrido servirá para reforzar esta actuación en masa de la fuerza atacante o para interceptarla, según sea su intervención en el conflicto.

No habrá en el Globo nación alguna, capital importante o centro industrial que pueda considerarse inmune al castigo que venga por vía aérea. Esto lleva consigo de la mano el discriminar previamente cuáles son los puntos neurálgicos que hay que proteger a toda costa, y cuáles los que hay que abandonar a su suerte; pues defenderlos a todos conjuntamente es cosa imposible. Cada

nación en su propio país tiene que hacer ese estudio preliminar; cada grupo de naciones o de continentes empeñados en la lucha tiene que hacer cosa parecida. Quienes consigan conservar bajo su control en la redondez de la Tierra estos puntos vitales, aéreamente considerados, serán quienes obtengan la victoria final.

Las tres grandes naciones aéreas.

Dos grandes naciones continentales, Rusia y los Estados Unidos, y un inmenso Imperio, el británico, son en el momento actual los únicos países que reúnen por sí solos las condiciones mejores en el aspecto de la preparación para la lucha aérea, con ventaja clara para los dos primeros. Su enorme extensión, la inmensa posibilidad de concen-



No habrá en Europa nación alguna, capital importante o centro industrial que pueda considerarse inmune al ataque por vía aérea...

tración en recursos y materias primas, la elevada demografía en constante aumento, su proximidad y preponderancia sobre otras tierras y lugares estratégicos en su mismo Continente, les facilita enormes ventajas sobre el desperdigado Imperio inglés, tan difícil de enlazar y más aún de defender desde la lejana metrópoli.

En el aspecto defensivo, la inmensidad del espacio ruso, su climatología dura o rigurosa, la concentración de la población y de sus industrias en el interior del vasto país, su escasa densidad de comunicaciones terrestres, convierten a la nación en una enorme fortaleza interior, muy poco vulnerable a la acción de una aviación enemiga por poderosa que ésta sea. En el aspecto ofensivo, por las mismas razones anteriores, además de su proximidad a los lugares más vitales de Europa, Asia y Africa, su peligrosidad es manifiesta.

En Europa, sobre todo, ocupa una posición privilegiada, dominando por el peso de la ocupación de sus ejércitos, o bien por la comunidad de sus ideas políticas, más de la mitad de este Continente. Su indiscutible dominio sobre los mares Negro y Báltico le permitirán en un futuro próximo la ansiada salida a dos mares de tráfico intenso: Mediterráneo y mar del Norte.

Los estrechos, que permiten la comunicación de aquellos mares cerrados con los dos últimos, aún permanecen en otras manos que intentan retenerlos. Pero será en vano. Los Dardanelos y el Skagerrat tendrán que caer bajo su dominio, o, por lo menos, bajo su exclusiva influencia, porque así lo logrará el poder aéreo ruso. No necesitará utilizar la fuerza de su Marina de Guerra, por cierto todavía de escaso valor. Le bastará con la sola presión de sus aviones de combate volando sobre esos lugares estratégicos en el momento político internacional que le sea más conveniente.

Su penetración en las tierras llanas del norte y centro de Europa amenaza por igual, desde su posición central, no sólo el Occidente europeo, sino también los países situados al norte o al sur de Europa y los mares que los bañan. Desde las bases aéreas de su zona de ocupación en Alemania, toda Europa, el Mediterráneo Oriental y Occidental, gran parte del Atlántico e incluso Islandia, con sus mares helados del círculo polar, caen dentro del radio de acción actual de sus aviones de bombardeo. Este dominio aéreo se acentúa aún más en la zona del Mediterráneo Oriental, pues desde las bases metropolitanas del mar Negro o desde las caucásicas, sus aparatos de guerra pueden alcanzar, sin tener enfrente aviación enemiga de alguna consideración, todo el Próximo Orien-

te, el Irán, la mayor parte de la Península Arábiga y el mar Rojo y el Golfo Pérsico.

Contra esta privilegiada situación en el aspecto aeronáutico, no hay más fuerza efectiva que se le pueda oponer que la que la Gran Bretaña disponga en este verdadero avispero de pequeñas nacionalidades sin fuerza militar ni aérea, pero de tanta importancia estratégica para la conservación de su Imperio. En esta zona se encuentran lugares tan "vitales" para aquella nación como el Canal de Suez, los pozos petrolíferos del Irak e Irán y las rutas terrestres, marítimas y aéreas a la India y al Cabo. No será sin disputa enconada como habrá que resolver este problema estratégico, que puede presentarse en cualquier momento. Su planteamiento político está en estos momentos en su punto álgido, con motivo de las apertencias rusas sobre Turquía y los Dardanelos.

En la devastada Europa actual, sólo una nación —la Gran Bretaña— es lo suficientemente fuerte para ser considerada gran potencia en el aspecto militar. País insular de gran tradición naval, fundamentó su poderío en la posesión de una Flota de Guerra mayor que la de cualquiera otra nación o grupo de naciones que pudieran oponérsele; su hábil diplomacia trabajó con tanto acierto que, siempre, en los tiempos modernos, consiguió para su Flota colocarla en condiciones tales de superioridad que ni una guerra fué perdida por el país, a pesar de haber intervenido en todas ellas bien como combatiente o como árbitro indiscutible. Ello le produjo la posesión del más vasto Imperio de la Historia, desperdigado físicamente por todos los Continentes y todos los mares; pero tan unido espiritualmente a la metrópoli, tan enlazado con ella por sistemas de comunicaciones rápidas y bien atendidas, que hace del Imperio inglés, a pesar de su enorme extensión y la variedad de razas, algo tan sólido y compacto que causa asombro su supervivencia. Y no le faltaron ocasiones para poner a prueba esta solidez en períodos bien difíciles de las dos últimas guerras mundiales.

Sin embargo, esta supervivencia del Imperio inglés ya no podrá fundarla en el futuro en el poder de su Marina de Guerra, por dos poderosas razones:

Primera. Porque su Flota ya no es la más poderosa del mundo; pues la de los Estados Unidos le supera notablemente en tonelaje, número de unidades de línea y de todas clases, y, sobre todo, en portaviones.

Segunda. Porque ya no es el poder naval el que ejercerá en lo sucesivo el dominio de los ma-

res, que íntegramente pasará al Arma aérea. Las rutas de abastecimiento de Inglaterra, en víveres, gasolina y otras materias primas, tendrán que ser abastecidas por mar y por el aire. Tanto en un caso como en otro, necesita tener limpios de adversarios los accesos a las islas; esto sólo podrá lograrse si en su territorio dispone de las fuerzas aéreas suficientes para conservar sobre esos accesos el dominio del aire absoluto.

No olvidemos, por otro lado, que la pequeñez de las islas, su densa concentración humana e industrial, su proximidad al Continente, hacen a ese país sumamente vulnerable al ataque aéreo e incluso al ataque, desde las vecinas costas del otro lado del Canal, por los fuegos del nuevo armamento moderno. Los disparos de las bombas volantes alemanas hubiesen tenido otros resultados más efectivos si se hubiesen empleado en los comienzos de la guerra y no al final de la misma, cuando Alemania estaba ya condenada a la derrota. Es posible que de utilizarse ese armamento en el año 1940 otros bien distintos hubiesen sido los resultados del reembarque de Dunquerque, como los de la conocida por "Batalla de Inglaterra". ¿No podría haber sido entonces invadida la isla con relativa facilidad?

Inglaterra, hoy en día, necesita más que cualquier otra nación ser una verdadera potencia aérea, pues no sólo la protección de sus islas, sino más bien la protección de su abastecimiento del exterior, tiene que ser asegurado por poderosas fuerzas aéreas estacionadas a lo largo de sus líneas vitales de comunicación, que abarca el mundo casi entero. Esta situación especial en el orden de la estrategia tiene más inconvenientes que ventajas, ya que en muchos lugares a la vez pueden ser cortadas tan extensas líneas de comunicaciones, si es otra potencia poderosa en el aire la que sea su enemiga.

Esta debilidad inglesa le exigirá mantener una política de transacción con muchos países más débiles que puedan servirle de puntos de apoyo a lo largo de sus rutas y bases logísticas para operaciones de envergadura. Su política de guerra tiene que variar, adoptando a la Aviación como si fuese la columna vertebral en que se apoya tan descomunal cuerpo como es su Imperio.

Que esto está en vías de realizarse lo prueban varios hechos que creemos significativos, dada la importancia de la tradición inglesa en su fe por el poder naval: 1.º La importancia que en el país ha tomado todo cuanto a su Aviación civil en el aspecto de transporte o comunicaciones se refiere. 2.º La constitución de sus líneas aéreas a base de poderosas Compañías que, controladas por el

Estado, están abundantemente dotadas de capital, aviones modernos de gran radio de acción y capacidad de transporte, así como de ultramodernas bases de apoyo. 3.º La autonomía de la R. A. F., constituyendo un cuerpo prestigioso, bien mandado, de grandes disponibilidades monetarias, numerosas unidades muy entrenadas, con material modernísimo y con una doctrina de empleo que sufrió alternativas en la pasada contienda, pero que llegó a ser casi perfecta. 4.º En el actual Parlamento británico hay cuarenta y dos miembros con experiencia de guerra aérea, bien por haber sido combatientes con la R. A. F. o por los servicios prestados en la Aviación civil o en la de guerra, en cometidos auxiliares o técnicos. Conocida es de todos la influencia grande de los Comunes en la política general, y bien se comprende la que ejercerán estos diputados en la Cámara por su elevado número. 5.º En la concesión de mercedes regias con motivo de la entrada del año 1946, el Jefe del Estado Mayor de la R. A. F., sir Charles Portal, fué de todos los altos jefes militares el que obtuvo más preciadas condecoraciones y mercedes. Sería debido, sin duda, no sólo a sus altas prendas personales, sino más bien como reconocimiento a la actuación de las fuerzas a sus órdenes en el logro de la victoria.

Otra poderosa nación, los Estados Unidos de América, sale de la última guerra mundial enormemente fortalecida en su aspecto militar. Su poderío económico incontrastable, sus riquezas en productos industriales o en materias primas inagotables, su inmejorable situación estratégica con respecto a otros países y bañada por los dos mares de más intenso tráfico, la capacitan plenamente para ser la rectora del mundo durante siglos futuros. Solamente una conmoción geológica o la unión de los demás países de la Tierra en contra de ella, podrán conmover en sus cimientos a la más poderosa organización estatal del mundo actual. Esto no obstante, existen circunstancias imprevisibles, difíciles de valorar en toda su magnitud, que la obligan a mantener una actitud vigilante, conservando un aparato militar imponente por su número y calidad.

En primer lugar es debido al estado de confusión reinante como resultado de la pasada contienda. En los espíritus no reina la paz, y mientras ésta no se afiance no habrá país que voluntariamente se preste a perder un adarme de su fuerza. En segundo lugar, porque de igual modo que el héroe mitológico, todo país tiene, lo mismo que aquél, un punto vulnerable; unas veces será el "talón" y otras el mismo corazón el órgano que pueda ser atacado y también paralizado.

Este órgano vulnerable en los Estados Unidos es su potente industria, establecida allí donde la Naturaleza ha colocado sus fuentes de producción principales, esto es, el hierro, el carbón, el petróleo. Esta industria formidable no se encuentra muy en el interior del país, casi todo él agricultor, sino que se halla relativamente próxima a las costas; es decir, que puede ser atacada con facilidad por masas de aviones enemigos procedentes del mar o de las costas de enfrente, tanto europeas como asiáticas.

El mismo ataque puede ser desencadenado también por los nuevos armamentos de alcances enormes, capaces de salvar los miles de kilómetros que separan a América de las costas occidentales de Europa, de las frías estepas de la Siberia, o de las tierras heladas del Círculo Polar Ártico. Es decir, que el ataque aéreo propiamente dicho, o el ataque que tenga por camino el espacio infinito del aire, es cosa no imposible, sino más bien de fácil realización.

Esta es la razón por la cual no sólo conservan su potencialidad, adquirida durante la pasada guerra, sino que se aprestan a aumentarla, reteniendo en sus manos cuantas bases militares—las aéreas principalmente—les fueron cedidas o conquistaron por las armas durante ese tiempo. Sus programas de construcción de material moderno es cierto que no han sufrido aumento, la guerra ya terminada; pero las masas de dinero dedicadas a ese menester siguen siendo impresionantes.

Ello faculta a Norteamérica para ser en lo sucesivo la primera potencia mundial, pues poseyendo el control absoluto del Pacífico y del mar Caribe, teniendo a su disposición bases aéreas en todos los

Continentes, contando con la más fuerte economía y en posesión de cuantas materias primas son precisas para la guerra, su primacía en el concierto mundial es indiscutible. Este enorme tinglado se encuentra respaldado por el más moderno, aunque no más numeroso Ejército de Tierra, la más poderosa Marina de Guerra y las decenas de millar de aviones de su Ejército del Aire, más los que puede construir en el espacio de días, con sólo ordenar que sea su Aviación de guerra movilizadada. Número y calidad de aviones que, por ahora, nadie en el mundo puede sobrepasar, por ser en aquel país donde la supremacía en la construcción aeronáutica es de todos admitida.

Repartido el mundo en tres grandes zonas de influencia, que corresponden a las naciones antedichas, parece que nada queda por hacer a aquellas otras más modestas que, como España, aún siguen figurando dentro del concierto mundial como naciones soberanas e independientes. Y esto no es así por dos razones: primera, porque todavía no puede prescindirse de aquellos países que por su historia, tradición y cultura tienen peso específico propio, y segunda, porque por encima de cuantas consideraciones se hagan en el terreno militar, en el aspecto de la fuerza, aún subsiste otra importante, que es la situación geográfica particular dentro del cuadro general de las naciones.

Estas dos razones valoran de tal modo a la Península Ibérica que bien podemos decir se le presenta por mucho tiempo una halagüeña perspectiva. En otros artículos intentaremos hacer un estudio, que, no por sabido, carezca de interés nacional.

